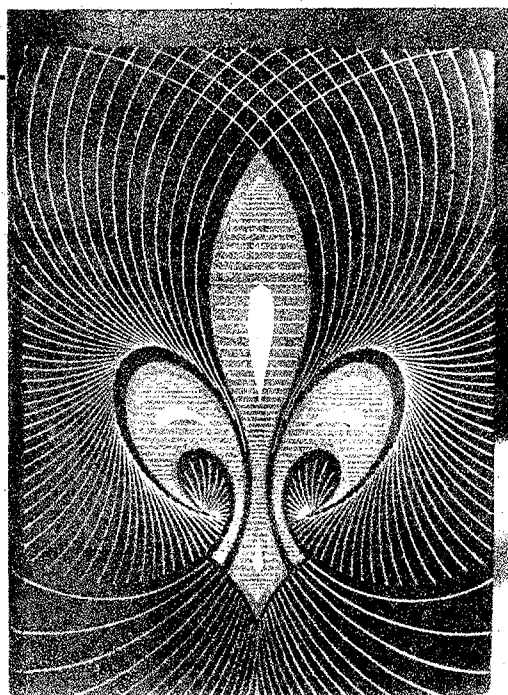


EL ENCUADERNADOR GALVÁN

LA ENCUADERNACION DE ARTE EXIGE VERDADERAS APTITUDES Y CUALIDADES, DESGRACIADAMENTE IGNORADAS POR MUCHOS



«Juana de Arco», original de Galván.

España ha sido la creadora de uno de los estilos más característicos de la encuadernación en la Edad Media

VEO muy satisfecho a don José Galván.

Me he venido tempranito esta mañana fría, muy fría, de primeros de diciembre a Cádiz. Y rápidamente a San Severiano para ultimar las entrevistas con el encuadernador famoso, con el hombre sencillo, con el artifice de una tarea siempre aplaudida. Como en cualquier otro momento, le acompañan sus dos hijos, que saben de esto de la encuadernación un rato largo. Y, es curioso: ambos hijos están siempre pendientes del menor gesto del maestro, de la más leve indicación, del consejo o de la aprobación del padre-artista. Aquí, en el taller, donde queda poco espacio para estar sin aperturas —bueno, en realidad, aquí se trabaja y nunca se pensó en entrevistadores cómodos—, aquí, repito, donde queda poco espacio, uno busca el hueco más amplio, cerca de la ventana por donde quiere entrar un poco de sol, e inicia las preguntas. Pero, antes de nada, es el señor Galván, que se compadece de mis diarios viajes a Cádiz o pueblos de la provincia, el que, con toda amabilidad hacia mí, y deseándome un descanso en medio de tantos viajes y tantas entrevistas, me pregunta:

—¿Cuándo finalizan estos trabajos en Cádiz?

—Ya mismo, señor Galván. Quedan cinco o seis personas por entrevistas, y... fin.

—Luego, Córdoba. Y, después, Huelva. Hablamos de las entrevistas periodísticas. Le interesa todo. Me cuenta cosas estupendas. Y comenta estos trabajos. El suyo, hasta hoy, le satisface. Gracias sean dadas.

—Señor Galván: hablemos de usted. Tendrá distinciones y recompensas, ¿no?

—¡Ay, ay! Hablar de ello puede resultar pedante. Sin embargo, no puedo dejar de reseñar la gran satisfacción que me produjo el ser elegido miembro de la Asociación Internacional de Artistas Europeos de la Encuadernación, en sesión celebrada en Hannover. Mi satisfacción es mayor cuanto que son contadísimos los que ostentan esta distinción. En España, tan sólo el maestro y excelente amigo, señor Brugalla, pertenece a ella. Y un servidor. También me siento muy halagado del bello, aunque inmerecido homenaje, que con motivo de la Fiesta del Libro me ofrecie-

ron en el Ayuntamiento, por iniciativa del delegado de Cultura, don Antonio Cortés, nuestro común amigo, perpetuado dicho acto en una artística placa de plata, con conmovedora dedicatoria como testimonio de admiración y reconocimiento por la labor realizada en la encuadernación. Respecto a exposiciones, me concedieron medalla de honor internacional en la celebrada en Madrid en 1953. Ultimamente expuse también una colección de encuadernaciones en el Pabellón Mudéjar, con motivo del Salón de Otoño, en Sevilla.

—De usted, de su arte, ¿cuántas buenas cosas se han dicho?

—De mí, como persona, no lo sé. ¡Vaya usted a saber! Como profesional, muchas exageraciones.

—Por ejemplo...

—Estas: «Verdadero maestro en el arte de la encuadernación europea» (Olof Degerstedt, Estocolmo). «Notable dibujante; sus modelos le acreditan de experto decorador (Matilde López Serrano, ex directora de la Biblioteca de Palacio). «Buen gusto y perfecta ejecución de sus obras» (M. Plety, París). «Dorados a mano de increíble exactitud» (Stuttgart).

—Aparte la encuadernación, ¿cuál es su afición favorita?

—La música instrumental; durante muchos años la cultivé como profesional y solista bajo la dirección del insigne maestro don Eduardo Escobar, gaditano, de la Capilla Real. Como detalle curioso a este respecto, tuve la satisfacción de ser dirigido, en cierta ocasión, por el gaditano universal Manuel de Falla, a quien encuaderné la partitura del «Amor brujo» para su publicación bandística en Londres. También, y por afición, compuse algo. Precisamente, en la Torre Eiffel, se tocó un pasodoble que dediqué a la señorita Therese Moncey, gran premio de la en-

cuadernación francesa, con motivo de un homenaje que le ofrecieron. Quedé tan impresionado al contemplar sus bellos modelos de encuadernación que, no sabiendo cómo manifestarle mi admiración y entusiasmo, le envié dicha partitura.

No; no son muchos los encuadernadores de arte existentes hoy. El señor Galván tiene relaciones amistosas con los más distinguidos profesionales del país y del extranjero, como César Paumard, Antolín Palomino y Emilio Brugalla, tan célebres como populares.

—Señor Galván: hay quien dice que para ser un buen encuadernador no se necesitan muchos conocimientos. Por favor ¿cuál es su opinión?

—Nadie debe desconocer que la encuadernación de arte exige verdaderas aptitudes y ciertas cualidades, desgraciadamente ignoradas por muchos. No concibo se puedan realizar obras bien acabadas siendo sólo y exclusivamente encuadernador. Varios autores se han ocupado de esto, ridiculizando a los que afirmaban que para ser encuadernador «no se necesitaba leer ni escribir». Yo considero que un buen encuadernador artístico debiera ser algo así como lo que en el Renacimiento se denominaba «uomo universale», pues así como la Cronología y la Geografía son los ojos de la Historia, de igual forma la encuadernación tiene con el dibujo, tipografía, grabado y literatura, un parentesco muy estrecho.

—España, ¿ha contribuido al desarrollo de la encuadernación como arte?

—España ha sido la creadora de uno de los estilos más característicos de la encuadernación en la Edad Media, debido al estacionamiento en nuestro suelo durante ocho siglos de los árabes, que fueron los máximos portadores de la cultura en aquella época. Resultado de ello es el desarrollo del estilo mudéjar, realizado sin la aplicación del oro sobre pieles de color tostado. Oriundo de España es el empleo del oro en las tapas de las encuadernaciones, pues fue, en ciertas producciones mudéjares, donde se empleó por primera vez.

—Don José: ¿Se considera satisfecho del trabajo realizado?

—No, para lo que se pudiera hacer. Y gracias a esta insatisfacción artística es posible ese afán de superación, que es uno

Varios autores han ridiculizado a los que afirman que para ser encuadernador «no se necesita saber leer ni escribir»